

Pasito tun tun, una historia de tenacidad

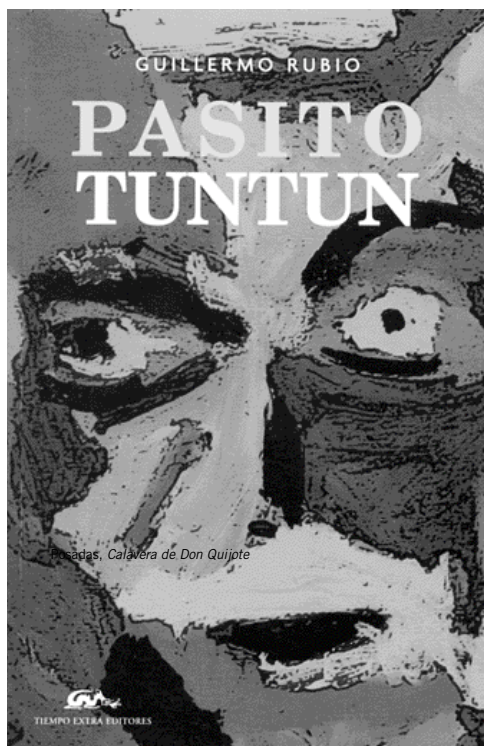
Eduardo R. Huchim

El 2 de abril de 1990, poco después de las ocho de la mañana, un presunto militante del grupo guerrillero Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP) asesinó a tiros a dos vigilantes de *La Jornada*, a unos metros de la entonces sede de este diario en la calle de Balderas de la Ciudad de México.

Un mensajero del PROCUP, compañero del que disparó, había llegado poco antes al periódico a entregar propaganda impresa dirigida a varios reporteros y colaboradores de *La Jornada*. Así lo hizo, pero cuando salió del edificio la recepcionista advirtió que, como otras veces, había varios sobres destinados a personas ajenas al periódico, por lo cual le pidió a uno de los vigilantes que alcanzara al mensajero y le devolviera la correspondencia sobrante.

El vigilante salió a toda prisa para devolver los sobres y tras de él salió un compañero suyo. Ambos se acercaron al mensajero del PROCUP y entonces el protector de éste, quien caminaba a corta distancia detrás de él, supuso que los vigilantes del diario iban a atacar al mensajero y les disparó por la espalda.

Tres horas después llegó al periódico un policía judicial enviado para proteger al entonces Director General de *La Jornada*, Carlos Payán Véliz. Ese policía era —es— Guillermo Rubio y de Vizcarrondo, autor de *Pasito tun tun*. La encomienda como escolta de aquel personaje de izquierda no le cayó en gracia a Guillermo Rubio porque, como él mismo advierte en el libro, había sido entrenado para combatir a los comunistas, a los *rojos* que *infestaban* la política mexicana y ahora debía custodiar a uno de ellos.



Poco tiempo requirió Rubio para darse cuenta de que los comunistas no comían niños ni eran traidores a la patria como durante decenios se quiso hacer creer a la sociedad mexicana. Más aún, la buena presencia, la cordialidad y la personalidad que hacían de Payán Véliz un seductor de mujeres y de hombres, en el buen sentido, conquistaron en cuestión de días a ese duro personaje proveniente de los bajos fondos de la policía y la delincuencia, que en este país frecuentemente son una y la misma.

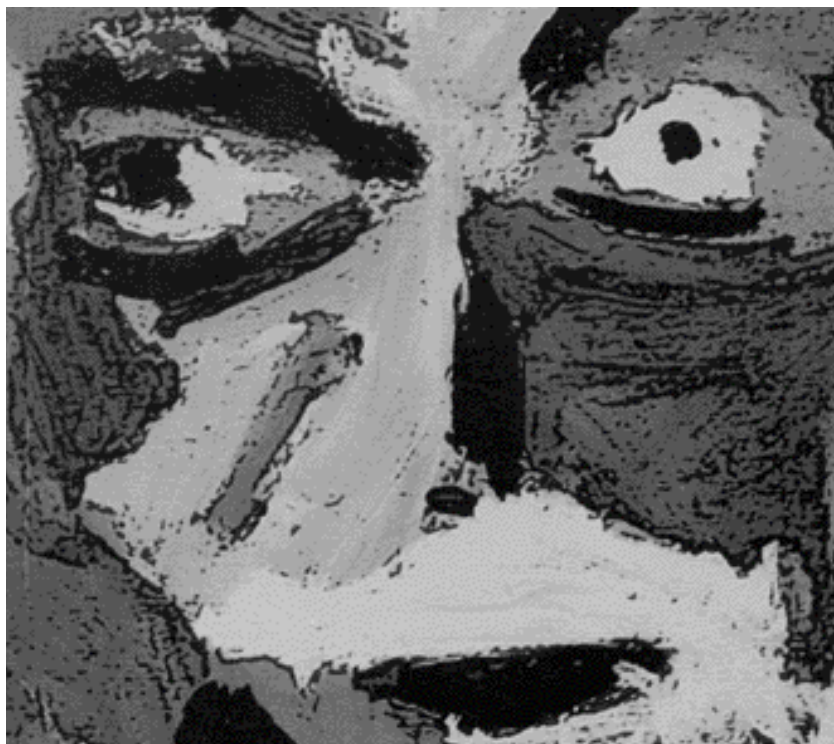
De ese modo, Guillermo Rubio —quien apenas tiene estudios de primaria— se vio de pronto inmerso en un mundo desconocido para él, muy diferente al suyo: escritores, poetas, pintores, cineastas, actores y, natural-

mente, muchos periodistas, que constituían el hábitat de Payán, despertaron en el policía el deseo de escribir. Cuando José Francisco Ruiz Massieu, Secretario General del Partido Revolucionario Institucional (PRI), es asesinado, Rubio encuentra el hilo conductor de una historia que le rondaba desde tiempo atrás en la cabeza y, estimulado por Carlos Payán, comenzó a escribirla a mano y con mayúsculas, que es como escribía los informes policiales.

Un día —debió ser de 1994— Rubio se presentó en mi oficina de *La Jornada* para platicarme de su libro y pedirme que lo pusiera en contacto con alguna editorial. Por ese entonces yo publicaba en Grijalbo, de modo que le ofrecí hacer las gestiones del caso, pero naturalmente no podía garantizarle nada, porque la editorial tendría que revisar el original, evaluarlo y tomar una decisión. Me entregó el manuscrito, que era una colección de agravios a la sintaxis, a la puntuación, a la ortografía.

Difícilmente había una parte de la gramática que se salvara de ser fracturada. Bueno, quizá la prosodia se salvaba y sólo porque ésta se ocupa de la pronunciación. Pero el manuscrito también contenía un algo que lo hacía atrayente, no era una novela aún, pero tenía madera para serlo.

Entregué el texto a la editorial y el dictamen fue tan feroz como lo eran los ataques del manuscrito a la gramática. Y hete aquí que el sedicente escritor no se amilanó. Reescribió de nuevo todo el libro, lo presentó a otra editorial y tras de un nuevo rechazo, lo reescribió dos veces más. Así habría seguido, pero un dios que no fue Zepa, el Gran Duque de los Infiernos, lo puso en manos de Ana María Jaramillo, quien con la paciencia,



el tesón y la renuencia del autor, lo ayudó a escribir la séptima versión y final, que ha visto la luz con el sello de Tiempo Extra Editores.

¿Es *Pasito tun tun* una novela negra? No, creo que situarla en este género sería un eufemismo. La novela es negrísima: una mezcla de política, sexo, droga, corrupción, impunidad y sangre, mucha sangre. Como apunta Ana María Jaramillo en la cuarta de forros, “su lejanía de lo que normalmente entendemos por literatura, lo vuelve un hecho literario extremo”. El dinero, que en el libro corre también a raudales, explica el porqué la guerra contra el narcotráfico, en los términos en que actualmente la libran el gobierno mexicano y el estadounidense, es una guerra perdida.

Pasito tun tun, que debe su nombre a la tonadilla que el personaje principal tararea después de sus crímenes, pinta también, con tonos intensos, la impunidad llevada al lí-

mite, a un límite cercano al prevaleciente en México. La novela parte del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu (JFRM), llamado en el libro Juan Félix Rueda Madrigal (JFRM), y tiene su desarrollo en la persecución del diputado Manuel Muñoz Rocha (MMR), llamado Martín Mena Rico en la novela y quien fue acusado de ser el autor intelectual del asesinato de Ruiz Massieu y luego desapareció misteriosamente, si bien el autor propone una hipótesis de lo que probablemente ocurrió.

La persecución, ordenada por un capo del narcotráfico a solicitud de Román Santiago Gamiz (hermano del Presidente), está a cargo de el “Yaqui”, un corrupto comandante de la Policía Judicial Federal y sicario al servicio de los traficantes de drogas. Un hombre brutal y simpático, descuartizador y valiente, mujeriego y leal. El autor nos lo pre-

senta en la página 13 del libro y nos dice que se llama Canuto Corella Bowie, quien viaja del DF a Guadalajara para trasladar a Sonora el cuerpo de un policía judicial amigo suyo que había sido asesinado con treinta y cuatro balazos y cuyo cuerpo quedó destrozado. (“Una bala o dos son suficientes para saldar una cuenta, hay res p e t o. Muchas pero muchas balas significan miedo, traición o pasados de...”, acota el autor en labios de el “Yaqui”).

Antes de trasladarlo, el “Yaqui”, hijo de un indio apache, lleva el cadáver a Culiacán para que un par de expertos lo reconstruyan. Éstos expresan la imposibilidad de restaurar el cuerpo porque para ello necesitan carne y, salvo el rostro, el resto del cadáver estaba deshecho. El comandante judicial, entonces, ordena a Diego, su hombre de confianza, que fuera al SEMEFO (Servicio Médico Forense) a comprar un cadáver.

—Si no lo consigues rápido, vas y matas a un cabrón del vuelo de mi compa, de un tiroteo lo echas...

En menos de una hora, regresa Diego con el encargo. El “Yaqui” le pregunta si había ido al SEMEFO y Diego responde que le había dado flojera. Y ambos ríen a carcajadas.

Al entregar el cuerpo a los restauradores, éstos, horrorizados, se niegan a hacer la ilegal suplantación y argumentan que el joven asesinado era quien les llevaba la leche. el “Yaqui” los convence con un *cañonazo* de doscientos mil dólares en efectivo.

El “Yaqui”, un devoto del machismo que termina siendo seducido por un transexual, es la principal aportación literaria de esta primera novela de Guillermo Rubio y Vizcarrondo, un narrador que se ha estrenado con buena fortuna en el anchuroso mundo de la novela. ■

Guillermo Rubio, *Pasito tun tun*, Tiempo Extra Editores, México, 2006, 180 pp.

¿Es *Pasito tun tun* una novela negra?
No, creo que situarla en este género sería
un eufemismo. La novela es negrísima.